



¡ARROJA LA BOMBA!

SALVADORA
MEDINA ONRUBIA

Y EL FEMINISMO
ANARCO



Vanina Escales



INCLUYE MIL CLAVELES COLORADOS, LIBRO INÉDITO DE SALVADORA



EX LIBRIS

EX LIBRIS

**¡ARROJA
LA BOMBA!**

Vanina Escales

¡ARROJA LA BOMBA!

**SALVADORA MEDINA ONRUBIA
Y EL FEMINISMO ANARCO**





Escales, Vanina

¡Arroja la bomba! Salvadora Medina Onrubia y el feminismo anarco / Vanina Escales; Salvadora Medina Onrubia. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Marea, 2019. 272 p.; 20 x 14 cm. - (Historia Urgente / Constanza Brunet; 73)

ISBN 978-987-8303-09-3

1. Biografía. 2. Anarquismo. 3. Feminismo. I. Medina Onrubia, Salvadora. II. Título.
CDD 920.72

Edición: Constanza Brunet

Coordinación: Florencia Jibaja Alvarez

Corrección: Marisa Corgatelli

Diseño de tapa e interiores: Hugo Pérez

Imagen de tapa: Intervención de una fotografía de Salvadora Medina Onrubia (circa 1915), del archivo personal de Emma Barrandeguy.

© 2019 Vanina Escales

© 2019 Editorial Marea SRL

Pasaje Rivarola 115 – Ciudad de Buenos Aires – Argentina

Tel.: (5411) 4371-1511

marea@editorialmarea.com.ar

www.editorialmarea.com.ar

Los textos reunidos bajo el título *Mil claveles colorados*, cuya autora es Salvadora Medina Onrubia, han sido reproducidos con autorización escrita de Helvio Botana Hayashi.

ISBN 978-987-8303-09-3

Impreso en Argentina – *Printed in Argentina*

Depositado de acuerdo con la Ley 11.723. Todos los derechos reservados.

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento sin permiso escrito de la editorial.

*A la memoria de Emma Barrandeguy,
América Scarfó y Osvaldo Bayer.*

A Helvio Botana Hayashi.

PRELIMINARES

Si aparece en este libro la primera persona es porque Salvadora y yo tenemos una historia de muchos años. Estaba leyendo *Severino di Giovanni. El idealista de la violencia* y quise conocer a América Scarfó en el mismo instante. América, “Fina”, decía “no” después del “hola” y solía rechazar cualquier intento de entrevista. Tenía casi noventa años y elegía con quién quería hablar; no le encontraba sentido a hacerlo con quienes no hablaran su mismo código. A mí me dijo que sí. Hablábamos sobre ella, sobre Salvadora y un día le pareció bien darme un consejo: “Yo tenía un lema para los hombres: tenían que ser compañeros, tenían que ser inteligentes y tenían que ser muy buen mozos”. Con la voz de América empecé a escribir a Salvadora y a tratar de unir datos dispersos y en apariencia contradictorios.¹

“Amo llamarme así. Además, ¿de qué otra manera podría yo llamarme?”, escribió Salvadora en *El vaso*

1 Este libro es un capítulo más de la memoria feminista. Sin embargo, para facilitar la lectura no incluye recursos del lenguaje inclusivo como “@” o “x”.

intacto. La versión femenina del Salvador: “Los nombres tienen color... El mío es de un rojo oscuro y brilla demasiado”. Nació a finales del siglo XIX y escribió desde mediados de 1910 hasta la década de 1930. *Outsider* del campo canónico de la literatura, fue moderna por fuera del Grupo Sur y de izquierda al margen de *Claridad*. Cercana a Alfonsina Storni, tampoco fue popular como ella. Sin embargo, esta marginalidad algo buscada, pose de protagonista, le permitió captar los relieves de su época, mostrar los límites de las vanguardias estéticas y expandir por nuevos hilos la trama de la cultura: ese es su desliz. Poemas con travestis, cuentos con viejas aborteras. Si solo es posible hablar con nuestra época, con el tiempo que las palabras nos dicen en común, Salvadora ensayó también una soledad anacrónica e hizo sonar palabras que se escucharon tiempo después, como las de *Las descentradas*. Hablamos hoy de ellas, Salvadora y su obra, olvidadas por más de cincuenta años.

Las obras de teatro fueron escritas mientras hacía periodismo no solo en el diario *Crítica* “sino en otros más pequeños y más violentos”. “Hablaba al pueblo, luchaba con él, lo acompañaba y apoyaba en su cruzada por lo que más tarde conquistó”, dijo en un momento de su vida.

Salvadora Medina Onrubia es una contraseña rara de la historia no evidente de la literatura argentina. Es, al mismo tiempo, una ineludible para leer las décadas de 1920 y 1930, su moral privada y su política pública. También, es la feminista libertaria con sello

de iconoclasta, que tiene problemas con la autoridad, venga de donde venga.

¿Por qué alguien desaparece? Casi todos sus libros quedaron durante décadas en primeras ediciones, con lecturas esporádicas de la crítica literaria. Pasó a formar parte de la historia como un dato secundario de biografías salientes: abuela de Copi, esposa de Natalio Botana, amiga de Alfonsina Storni, de Simón Radowitzky, de Severino Di Giovanni y de América Scarfó. Tuvo un modo singular de ser anarquista porque quiso que las mujeres pudiéramos votar, fue también teósofa y espiritista. Sin embargo, ninguno de esos términos hace justicia a su modo personal de habitarlos.

Este libro creció prestando oído a la resonancia de las palabras de Salvadora e hizo sus derivas siguiendo las conversaciones que lo alimentan con Emma Barranteguy, América Scarfó, Gloria Machado Botana, Alejandro Storni, “la China” Botana, Osvaldo Bayer y Helvio “Papo” Botana Hayashi, mi amigo extraordinario. Sus contemporáneos ya no viven. Muchos la recordaron para esta historia de montajes sobre los rumores de datos dispersos que sigue sus huellas literarias y los pliegues de su biografía.

Escribo en soledad, pero no sola. Este libro se fue escribiendo a través de las conversaciones con amigas y amigos, los comentarios al paso, los datos que alguien recordaba, los diálogos con otros libros, las horas de hemeroteca, los archivos que los compañeros y compañeras de la Federación Libertaria

Argentina, del Ateneo Anarquista de Constitución y de la Biblioteca José Ingenieros custodian. Debo mucho a la amistad y las conversaciones con María Moreno y Marcos Zangrandi. Sus lecturas fueron muchas veces mi “ponle la cola al burro”, para no decir mi Virgilio y sumar solemnidad a aquellos diálogos. Mabel Bellucci fue una presencia permanente en estos años, no solo por su memoria de archivista, sino por su extenso trabajo de investigación sobre las anarquistas. Algunas imágenes son producto de telepatía y chat con Fede Schmucler y de la sensibilidad de Diego Fidalgo. El libro también tiene horas de teléfono con Marsha Gall, Rodrigo Álvarez, Esteban Garelli, Luz Azcona, Gabriela García Cedro, detallistas al borde del diagnóstico, como Juan Carlos Pujalte y Martín Santos. Mucho de Christian y Simón Ferrer, la comunidad ingobernable. Agradezco la lectura generosa y la trayectoria enorme de Nora Domínguez y el entusiasmo de las editoras Constanza Brunet y Florencia Jibaja Alvarez. El feminismo popular, horizontal y expansivo que construimos en Ni Una Menos se siente en el subtexto, en el hilado. Mis amigas y compañeras de Latfem, como mis amigues y compañeros del CELS, con su disposición para el análisis político y el trabajo sobre la memoria son todo y más. Qué sería de nosotros sin la cortesía de las palabras que nos hacen. Agradezco en especial a Agustina Paz Frontera y María Florencia Alcaraz, por estar siempre con la lapicera y el megáfono listos. A todes elles, gracias.

CAPÍTULO I

El 17 de octubre de 1945, desde las barriadas Etrabajadoras, miles de voluntades se sumaron en procesión laica hacia Plaza de Mayo para pedir la liberación de Juan Domingo Perón. Cuatro días antes el diario *Crítica*, dirigido por Salvadora Medina Onrubia, había titulado “Perón ya no constituye un peligro para el país”.

Desde Berisso, Lanús, Quilmes, desde Lugano y Flores avanzaron sobre la capital del país al grito de “es el pueblo”. Los sacos pasaron a las manos, los botones de las camisas se dependieron de sus ojales, los brazos se vieron descubiertos como algunos pechos mojados por el calor y la agitación de la felicidad política.

Crítica tituló “Grupos aislados que no representan al auténtico proletariado argentino tratan de intimidar a la población” y la edición se repartió en las esquinas. Adentro del diario comenzaron las corridas. Mientras algunos cargaban revólveres, Salvadora, la única con la habilidad manual y el conocimiento técnico, comenzó a armar bombas molotov con botellitas de nafta y mechas embebidas en petróleo. Y esperaron.

Cuando los cuerpos obreros estaban sobre la avenida de Mayo, frente a la puerta de *Crítica*, los tiradores estaban escondidos, en alerta, vigilando desde los balcones y las ventanas. Se escuchó un disparo y luego decenas. No es claro si el fuego inicial partió desde la calle o desde el edificio. Las botellitas encendidas comenzaron a caer como luciérnagas humeantes. Las corridas buscaban llegar a la plaza, el centro gravitacional que marca el pulso de este país, escenario de júbilo y bombardeos, de alegrías oprobiosas y reivindicaciones justas. Plaza de Mayo: el cielo cívico custodiado por una pirámide. Pero en la avanzada, un muchacho quedó tirado con un balazo en la cabeza frente a *Crítica*. Era Darwin Ángel Passaponti, un adolescente nacionalista que con diecisiete años se convirtió en el primer mártir del peronismo.

Salvadora y algunos empleados corrieron a la terraza. Las puertas del edificio quedaron aseguradas. Si en ellas se hubiera abierto una fisura, el fuego de la calle, la furia de los desclasados, habría teñido de humo el interior de la elegante construcción art decó. Ni el vestido, ni los tacos impidieron que Salvadora, de 51 años, saltara por los techos hasta encontrar un edificio por el que bajar sin peligro hacia Rivadavia. Se fue a su casa, donde vivía con un gato montés, a preparar la cena con los periodistas que la acompañaban.

Al día siguiente, como todos los días, fue para el diario. Quería recorrerlo para ver los restos del combate. En su despacho, que Natalio Botana ya no ocupaba porque había muerto hacía unos años, vio el

plomo de una munición incrustado en la pared, diez centímetros arriba de su sillón. “La Vieja” se empezó a reír. El pedazo de metal parecía un dije. Logró sacarlo con un abrecartas y lo llevó al joyero para que se lo engarzara en una pulsera.¹ Fue la transmutación ya no del plomo en oro, sino de la bala en ornamento, del peligro en el cuerpo; trofeo político.

Anclada su memoria en obreros anarquistas y socialistas, había leído como pasajera la conversión de los dos últimos años hacia una fidelidad permanente del movimiento obrero al incipiente peronismo. De lo contrario, no hubiera titulado con desdén indubitable que esos trabajadores en mangas de camisa, cansados de caminar, pero con la voluntad de la conquista no eran “auténticos”. No porque Salvadora defendiera posiciones de ricos oligarcas, sino porque vivió el ascenso de Perón como una rivalidad personal con *Crítica*: se disputaban la representación del pueblo.

Salvadora, que podría haber acompañado desde *Crítica* a Perón, nunca se pensó asociada sino encabezando. Creyó que el destino se dibujaba en el nombre y que Salvadora era para un protagonista. Y en ese punto de su vida, en su momento de mayor poder, comenzó su caída.

¹ La escena fue reconstruida con Gloria Machado Botana y la denuncia del diario *El Líder*.

El Aleph gualeyo

Salvadora no es platense, La Plata como lugar de nacimiento el 23 de marzo de 1894 es solo un dato accidental. Criada en Gualeguay, si bien no tuvo patria, situó en Entre Ríos el lugar de sus memorias de infancia. Hasta ese momento, su único recuerdo de la vida en Buenos Aires fue la expulsión de la escuela por negarse a besar el anillo de un obispo. Los padres, Ildefonso Medina y Teresa Onrubia, la bautizaron Salvadora Carmen y a su hermana tres años menor, Carmen Eloísa. A las dos las llamaban por su primer nombre. Ildefonso era entrerriano, pero vivía en La Plata cuando conoció y se casó con Teresa. No es claro qué hacía.

Georgina Botana, la hija menor de Salvadora, murió en 2015 en Francia. Encontré su número en la guía telefónica parisina. “Hola, China, te llamo desde la Argentina, quiero hablar sobre tu madre”, le dije. Si con “madre” había saldado los rencores, con la “Argentina”, no. “Ay, Argentina, ¿qué querés saber?”. “En este momento tengo una pregunta muy chica, ¿qué hacía tu abuelo?”. La risa y la voz elegante de actriz de cine: “Creo que el padre de la Vieja era arquitecto, de los que estuvieron en el proyecto de construcción de La Plata”.² Ningún registro tiene su nombre. Murió cuando sus hijas eran muy chicas y Teresa hizo las valijas para ir a Gualeguay, de donde era Ildefonso y quedaba familia.

Doña Teresa se convirtió pronto en uno de los

² Entrevista telefónica a Georgina Botana, 2003.

pilares gualeynos. Española, antes de llegar a la Argentina vivía en un pueblo muy chico cerca de Cádiz. Tenía que casarse con un marino llamado Benito Pantoja, pero lo dejó plantado en el altar para escaparse con un circo y probar el nomadismo como *écuyère*, algo que la familia argentina descubrió tras su muerte. Amiga de la madre del escritor Carlos Mastronardi, “era una especie de Séneca a marchas forzadas”, “instantánea en la respuesta, aunque de amable modo, desconcertaba a quienes creían tener la verdad en el bolsillo”.³ Si alguien necesitaba una inyección, Teresa la aplicaba. Si alguien estaba en desgracia y necesitaba pedir al banco una moratoria, Teresa acompañaba y se encargaba de explicar. Todas las cuestiones que preocupaban a quienes conocía las hacía propias.

Mastronardi la recuerda lúcida y valiente, como movida por “cierto individualismo, a la vez altanero y estoico, que la dotaba de fuerzas para salir inmune de todos los embates”.⁴ Si se llevaba mal con Salvadora se debía a que no eran opuestas sino dos imanes del mismo polo, con una voluntad a la que la realidad debía rendirse. “Así, corrido el tiempo, optó por ser maestra rural en un caserío próximo a Gualeguay antes que seguir a un pariente rico que vivía en Buenos Aires, cuyas invitaciones declinó porque ‘prefería ser cabeza de ratón y no cola de león’”.⁵

3 Carlos Mastronardi: *Memorias de un provinciano*, Buenos Aires, Ediciones Culturales Argentinas, 1967, p. 40.

4 Ib.

5 Ib.

Salvadora era compañera de escuela de un muchacho flaco que dibujaba, Juan Ortiz, a quien años después conoceríamos con una L. de Laurentino entre nombre y apellido. Aunque Juan L. era un año menor, en el pueblo chico agrupaban a los niños sin tanto rigor en el aula. Los compañeros se peleaban para guardarse sus bocetos. “Cesáreo Quirós vio los dibujos de Ortiz. Y bien sabía Quirós que cualquier pibe de cara sucia que en la escuela traza cinco rayas puede llevar escondido un artista futuro”, escribió Salvadora.⁶

Llegué un sábado a Gualeguay. La biblioteca que había juntado a Juan L., Salvadora, Amaro Villanueva y Carlos Mastronardi, lleva ahora el nombre de este último. Allí escribieron, se leyeron, formaron una comunidad intelectual siendo muy jóvenes. Permanece como era en aquel momento: la madera oscura de los anaqueles, el pasillo alzado con más estantes, las cortinas de madera que dan a la calle y el sol que subraya los lomos de los libros. El margen, la periferia, ese lugar no es solo un punto geográfico sino uno ético y estético. Lejos de los círculos oficiales de la literatura, del mundo comercial que edifica éxitos, Buenos Aires fue una tentación, pero también un camino de ida y vuelta.

⁶ SMO: “A caballo, a pie, a nado y en bote”, *Fray Mocho*, 6 de marzo de 1914. Agradezco las conversaciones con Rodrigo Álvarez que alumbraron este apartado.

También leían o comentaban libros en la puerta de la casa de Juan L. o, años más adelante, cuando Salvadora ya no vivía ahí, en el círculo de “Amigos de la revolución soviética”, que había fundado Juan L. y que también integraba Juan José Manauta. Allí iba Emma Barranteguy “con sus grandes ojos buenos a flor de su iluminada cara buena”.⁷ Pronto organizaron la agrupación *Claridad* pero, según Emma, sin descuidar la literatura. Habían adherido al grupo Boedo, que editaba la revista *Claridad*.⁸ Siempre tenían material nuevo para discutir. Habían hablado con un camarero del ferrocarril y él era quien hacía de correo desde Buenos Aires.

Salvadora era pelirroja, muy hermosa. Trabajaba como maestra en la escuela de Carbó, donde daba clases Teresa. Tenía diecisiete años cuando conoció a un joven político de Paraná que estudiaba para ser abogado y le llevaba siete años, Enrique Pérez Colman. Si ya Salvadora se sentía anarquista, cuidar la virginidad como si fuera un tesoro –¿guardado para quién?– no era un problema, pero más acá de la ideología, estaba enamorada. Y tras el romance, la plusvalía amorosa: se quedó embarazada.

7 Juan L. Ortiz: “Gualeguay” en *Obras completas*, Santa Fe, Universidad Nacional del Litoral, 2005, p. 472.

8 Emma Barranteguy, citada en el hermoso artículo de Agustín Alzari: “Ese otro Ortiz: Juan L. en revista *Claridad*”, *Orbis Tertius*, vol. 15, núm. 16, 2010. Alzari también da cuenta de la coincidencia de Salvadora con Juan L. en la sección “Poemas”, del número del 26 de abril de 1930, de la revista *Claridad*.

Enrique no estaba casado, pero decidió no decirle nada y tener el hijo sola. Si el pueblo chico sobrevive, a falta de entretenimiento, gracias al tejido simbólico de las habladurías, nadie se atrevió a meterse con la hija de Teresa, al menos no abiertamente. La vergüenza de la soltería es un problema de los otros, no propio, asunto que Emma Barranteguy entendió cuando escuchó a sus tías decir “Señoras no, son otra cosa”. Salvadora tenía casi dieciocho años cuando nació Carlos, “Pitón”, el 20 de febrero de 1912.

Antes de que dejara Gualeguay, a fines de 1913, había ensayado en *El diario de Gualeguay* sus primeras colaboraciones, pero ya pensaba en Buenos Aires y en “ganarse la vida” escribiendo. Enviaba desde el pueblo cuentos a *Fray Mocho*, que en 1918 fueron recopilados en *El libro humilde y doliente*.⁹ Se trata de postales de la miseria tomadas en los días en que fue maestra. Es un libro de juventud en el que se describe –con promesa de realidad– la vida de los niños de Gualeguay, sucios, malos, sufridos, de una pobreza expresionista y muda, en la que Salvadora busca las claves para transformar esa sensibilidad en un código de revolución social.

Ya instalada en Buenos Aires, anunció en *Fray Mocho* la llegada de Juan, de forma literal y espiritual “a caballo, a pie, a nado y en bote”; la fragilidad del muchacho flaco no desmiente su tenacidad ni voluntad. “Vencerá –dice la amiga–. He aquí un muchacho

⁹ Lucía de Leone rescató y prologó este libro y *Almafuerte* para la colección Las Antiguas, dirigida por Mariana Docampo, de la editorial cordobesa Buena Vista.

criollo, valeroso y temerario, que sintiéndose artista y queriendo triunfar, abandona Entre Ríos, su provincia natal, y sin más patrimonio que una delirante fe en sí mismo, se viene a Buenos Aires a vivir... ¿A vivir de qué? A vivir, ¡qué ironía!, de sus dibujos y de su poesía”.¹⁰ “Se llama Juan Ortiz. Es un muchacho triste, está solo, pero es de los que llegan”.¹¹ Para Juan L., Salvadora fue la “hermana mayor”, la de “fuego santo”, la que cuida y no olvida.

ÍNDICE

Preliminares	9
Capítulo I	13
El Aleph gualeyo.....	16
Periodismo y <i>performance</i> política.....	21
El santo del anarquismo.....	43
Capítulo II	61
Semana Trágica y después	66
Del conventillo al salón.....	79
Tras bambalinas	93
Capítulo III	107
Teosofía y otras visiones	110
Mala madre.....	120
Soledad anacrónica	127
Capítulo IV	135
Fin de fiesta.....	144
Severino y América	153
Contra el olvido.....	158

Capítulo V	167
Los Granados	168
España, 1936	173
Natalio.....	182
El pueblo.....	191
Sonidos familiares	219

MIL CLAVELES COLORADOS225

Simón Radowitzky.....	229
El cúlmene	232
La verdadera historia de Simplicio de la Fuente	234
La Encarnación.....	236
Titta Ruffo	238
El gato anarquista	240
Silveyra	242
El nuevo túnel del simplón.....	245
Los primeros claveles	247
El petiso de la furca	249
Krishnamurti	251
La carta a Carlitos.....	253
Claudio Martínez Paiva	255
El soperazo.....	256
Don Hipólito.....	259
Kurt Wilckens	260
Severino y los ministros.....	263

¿Disfrutaste el libro que comenzaste a leer?

Podés adquirirlo aquí,
en www.editorialmarea.com.ar
y en cientos de librerías.

Gracias por apoyar con tu lectura y
recomendaciones este proyecto editorial.

